

que se escriben las ficciones define el qué y el cómo se imagina?

Carlos Soler

“¡Yo pa’ qué calzones!”

Cristina se baja del columpio

ÓSCAR HERNÁNDEZ MONSALVE

Editorial Lealon, Medellín,

2009, 271 págs.

EN EL prólogo que el poeta Juan Manuel Roca hace a *Cristina se baja del columpio*, novela del escritor y periodista medellinense Óscar Hernández Monsalve (1925), salta a la vista la que sin duda resulta la característica fundamental de una obra compuesta en su mayoría por libros de poesía¹, esto es, su sencillez: una obra “escueta, sin oropel, [que busca] limpias palabras con el mayor acento de humildad”, según reza una de las notas de contracubierta escrita nada menos que por don Otto Morales Benítez². La vida de Hernández explica dicha apuesta. Dedicado por muchos años a ejercer el periodismo en medios radiales como La Voz del Triunfo o Radio Sutatenza; trabajar para los diarios *El Espectador*, *El Obrero*, *El Colombiano* y la revista *Estampa*; pertenecer al círculo literario de la llamada “Bella Villa” antioqueña,

1. Se cuentan entre sus libros, los títulos *Poemas del hombre* (1950), *Mientras los leños arden* (cuentos, 1955), *Las contadas palabras* (poemas, 1958), *Antología de la poesía antioqueña* (1961), *El día domingo* (crónicas y ensayos, 1962), *Habitantes del aire* (poemas, 1964), *Al final de la calle* (novela, 1966, Premio Literario Esso 1965), *Versos para una viajera* (1966), *Poemas de la casa* (1966), *Del amor y otros desastres* (poemas, 1978), *Las contadas palabras y otros poemas* (1987, 2007), *Después del viento* (poemas, 2001), *Papel sobrante* (notas periodísticas, 1976), y *Hoy besarás y habrá buen tiempo* (poemas, 2009).

2. Sobre el particular, baste decir que la edición de esta novela adolece por lo mucho de una correcta impresión dado que el papel de carátula y el diseño resultan considerablemente pobres. Además, aparte de las notas “publicitarias” de su contracubierta —que incluyen elogios de Fernando González, Eduardo Zalamea Borda, Javier Arango Ferrer y Uriel Ospina Londoño—, a lo largo del libro no se ve ninguna nota biobibliográfica que nos hable de Óscar Hernández, de quien apenas se da cuenta en los citados textos posteriores y en el prólogo de Juan Manuel Roca.



junto a León de Greiff, Fernando González, Manuel Mejía Vallejo y Alberto Aguirre; Hernández llegó a ser también libretista en RCN, componer y actuar, además de acercarse cual hijo de vecino a oficios tan dispares como la construcción, el boxeo, el fútbol, la labor editorial, la docencia universitaria, los seguros de vida o la vida nocturna y las cantinas —Hernández tuvo a su cargo un par de ellas—, lugares que alimentan en algo la creciente sordidez que atropella a los personajes de esta novela, el neón de los avisos nocturnos, la calle y sus viandantes, la epidermis siempre latente de una ciudad colmada de historias por contar.

Afirma Roca: “Se trata de una narración basada en el recuerdo que entrelaza una vida patibularia, barriobajera, que no extorsiona al pasado desde el mero ángulo maniqueo de la miseria humana (...). No hay verbosidad, alardes de honduras psicológicas sino pura y monda observación del mundo (...)”. *Cristina se baja del columpio* es, pues, la visita inocente y a la vez descarnada al imaginario precoz de una niña llevada al borde de la realidad,

La historia de Cristina —continúa Roca en su prólogo— está enlazada a su infancia y aún en futuro y precoz oficio prostibulario no deja, por malformación, por ignorancia o por otras instancias propias de una sociedad inmadura, de tener un alto sentido de inocencia. A veces de una brutal, de una perversa inocencia.

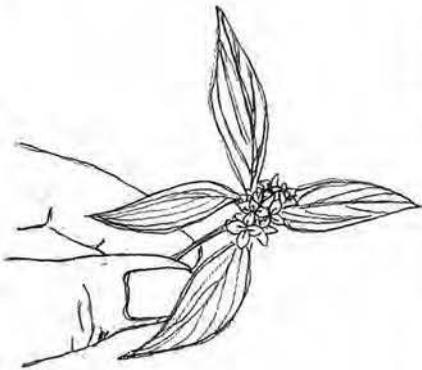
Son seres, los habitantes de esta novela, de una poderosa carnadura humana, contradictorios y atrayentes. [...]

Cristina encara los días como si en el vaivén del columpio de su parque subiera para ver un mundo ancho y más que ajeno, y en su descenso tuviera que darse de bruces con una realidad vejada que la niñez por momentos ennoblece.



En un principio, el aire que ronda esta novela nos pone en una seria disyuntiva. Al estar elaborada en un vaivén entre el relato en segunda persona que parece querer interrogarnos de manera constante desde una forma de subjetivación del discurso excesivamente poética, hasta llegada una primera persona configurada sin alambicamientos del lenguaje, pero condicionada todo el tiempo por una conciencia que aunque neutra, resulta siempre tendenciosa, enfrentamos la lectura de una manera nada fácil, es decir, entramos de lleno en una conversación plagada de situaciones que proponen un diálogo muy sui géneris por el cual seguimos el curso de los hechos como en la vida diaria: en varios planos y de manera bidimensional, lo cual, desde todo punto de vista, nunca deja una mirada rigurosa o unívoca sobre lo que sucede. De allí que no valga tanto la pena, en cuanto a sintetizar lo narrado, referir de manera lineal una serie de acontecimientos; la vida nunca se porta de tal manera. Más bien, se asiste de manera íntima a la que resulta una historia cercada por la inmediatez y de cierta forma parecida a revisar el curso de la vida en una barriada o en una familia de vecinos a quienes hemos dejado de ver por mucho tiempo y de quienes se nos cuenta luego, y a varias

voces, desde la febril reelaboración de los recuerdos trastocados. A partir de allí, discutiría en lo personal una de las aseveraciones hechas en la contracubierta del libro, esta observación de Uriel Ospina Londoño: “De su fundamental formación periodística Hernández ha guardado el gusto por la narración objetiva, clara, que encierra la realidad de las cosas sin perderse en la tentación del paisaje ni de la palabrería escrita para que en ella aprendan ‘buena literatura’ los estudiantes”. No sé si se trate, en este caso, de una alusión a su otra novela, *Al final de la calle*, con la cual obtuvo en 1965 un Premio de novela Esso, compartido con Manuel Mejía Vallejo y Alfonso Bonilla-Naar. En todo caso, y entendiendo que *Cristina se baja del columpio* escapa a estas aseveraciones, es necesario subrayar el carácter introspectivo que enmarca la forma de narración del libro compuesto este de una prosa eminentemente subjetiva, en la que sus personajes se dibujan y desdibujan en forma arbitraria, Pepe, Antonio, Elisa, Elías, Damiana, Julia, don Justo, el periodista, Cristina... Hay diálogos que saltan de la exteriorización a la entelequia y el pensamiento, se habla para afuera y para adentro; hay momentos en que el regionalismo o la jerga resuellan, hay animales con nombre que participan del decurso de la novela —un mico, Caifás, que acompaña a los personajes siempre dedicado al onanismo involuntario—, hay un constante ir y venir sobre lo que Hernández supone imaginarios de infancia. En este sentido, el autor tiene a bien representar la escena de un juicio contra Cristina a través de



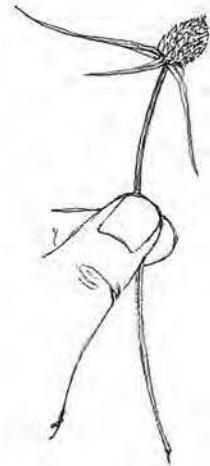
un filtro que en este caso se convierte en una especie de fresco surrealista, al parecer para oxigenarlo o enfrentarlo una vez más a la infancia que permanece lívida en las primeras páginas del libro. Juzgada ante un estrado por un grupo de sabios que toman la forma de animales mientras cada quien expone su perorata sobre moral y agricultura, buenas costumbres y gastronomía: maíz, limosnas, empanadas a la puerta de la iglesia, Cristina y otros personajes del libro acuden a la indagatoria para declarar. Aquí el testimonio de Julia, “dama de canarios, de fotos amarillas, de casas bien dispuestas, de sobrinas descocadas”, antítesis de Cristina para quien la moral y las buenas costumbres no parecen, sin embargo, significar otra cosa que soledad y aburrimiento:

No sé, me vuelvo un ovillo hablando; lo único que les digo es que Cristina es una mujer buena. Yo digo que es un caso de pureza. Y de tontería, señores sabios. ¿Saben dónde puede andar ahora? Riendo bajo una ducha tibia para luego ir a pasear por el parque de brazo con su amigo y diciendo mientras camina: ¡Yo pa’ qué calzones! ¡Con este poquito de aire tibio tengo y me sobra en la vida!

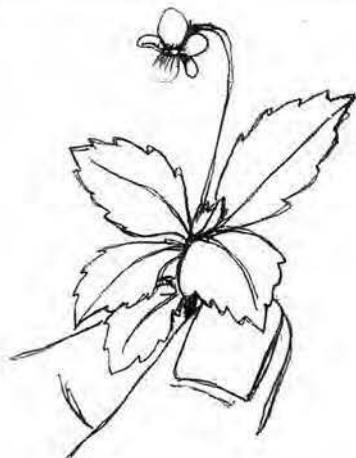
La ironía y la tristeza contenida que encarna ese concepto deliberadamente gris de la sociedad y la ley siguen abriendo un surco perverso entre lo que representa el bien y el mal; la infancia y la adolescencia; el decoro parroquial y las ‘bajezas’ del cuerpo. En todo caso, y lejos de algún examen extraliterario que quiera intelectualizar el discurso, el recurso de la ficción que rebasa lo verosímil le sirve a Hernández para caricaturizar aún más aquel ridículo poder que regenta las leyes y por el cual se ha querido, como en este caso, condenar a alguien por “incubar” en su alma más de un amor:

Una vaca, un lobo, una serpiente, un gato-paloma, un chacal. Seis animales de una vez porque todos soltaron un profundo ahhhh, aquel largo ah... que se quedó vibrando detrás de las palabras de la tía Julia. Luego los funcionarios de chaquetas lustrosas, camisas inmaculadas, gafas de primera calidad, zapatos brillantes, manos pulidas. El doc-

tor Gavilán tosía levemente mientras tocaba su bragueta indagando si no habría olvidado algo en la habitación de Elisa. El profesor Chacal con su risa dispuesta para ofrecer a los presentes, se veía serio en ese momento. El sabio Serpiente recordaba sus familiares de muy alegre conducta y la historia de una sobrina que envejecía esperando el original de otra foto amarillenta. Por su parte, el profesor Vaca no andaba en sus cabales al enterarse de que el caso Cristina, de acuerdo con lo dicho en esa reunión, tenía todos los síntomas de escándalo internacional. Gato-Paloma tocaba su portafolios de cuero.



En más de un sentido, la lectura de *Cristina se baja del columpio* propone en efecto algo más que una radiografía del pecado. Las disímiles vidas que se dan cita a lo largo del libro requieren cada una de atención particular y quizá sea por ello que, a pesar de resaltar por su sencillez, la estructura de la novela nos lleve a perder la pista a cada momento. Sus personajes hablan al unísono, a ratos el experimento que figura cada breve capítulo termina por cambiarnos las reglas del juego y nos enfrentamos al narrador omnisciente, que por momentos se encuentra con un narrador en segunda persona que parece exhortar a Cristina, a la vez que se nos propone un nuevo juego teatral, caso del capítulo referente al matrimonio de la abuela Damiana en el cual leemos la mente de los presentes y contemplamos con detalle el temblor de alguna mano al llevarse la copa a los labios o sabemos, por



intervención maléfica, sobre las puñaladas que el marido dio a la dama de la mesa tres por cuenta de sus infidelidades con el sastre. El ejercicio, huelga decir, es meritorio. Sería necesaria en todo caso una relectura, lenta y concentrada relectura que nos revele aquellos pliegues que, no obstante, permanecieron ajenos a nuestra primeriza revisión y que constituyen una de las bondades de la novela. Aparte de ello, es necesario independizar personajes que por un momento dejamos de ver en su verdadera dimensión, entendiendo en todo caso que Cristina no es más que un señuelo para poder acercarse a las otras historias que el libro desentraña. Más allá de aquel “montoncito de carne lanzado al mundo” —Cristina en el columpio— y su vida entre una “montonera de putas y cabrones”, subyacen plenos de significado personajes como el llamado periodista, estoico en el juicio y reacio a arrodillarse a las formas de la etiqueta y la diplomacia; la abuela Damiana, siempre escondida tras el recato, pero devastada por amores perdidos y la sombra de un esposo avasallador, ella, “el origen de esta confusa y caótica situación nacional”, abrigada por la virilidad atroz y rudimentaria de su ‘dueño’, don Justo; acaso Antonio, la tía Julia, el mono Caifás; personajes que, entre tanto, siguen escribiendo la misma historia, la interminable historia de Cristina y Elisa, “dos minúsculos peces que nadie iba a echar de menos. Dorado y plata oscura”, flotando mansamente en las aguas del Leteo.

Carlos Andrés Almeyda Gómez

Fragmentos de un decurso amoroso

Retrato de un amante holandés

KARIM QUIROGA

Universidad Industrial de Santander,
Bucaramanga, Colección Generación
del bicentenario, 2010, 61 págs.

PARTE DE la colección Generación del bicentenario, una sana iniciativa de la Universidad Industrial de Santander, que con la disculpa de la conmemoración de la Independencia patria, publicó a escritores comprendidos entre los 25 y los 40 años, ya reconocidos en los contextos regional y nacional —un proyecto que en el actual ambiente editorial otras instituciones deberían imitar con cualquier excusa—, este *Retrato de un amante holandés* revela en apenas sesenta páginas una pasión amorosa signada por las vacilaciones y conflictos inherentes a cualquier pareja y por el hecho externo, inevitable, de la dependencia de quien migra de un país del Tercer Mundo a uno del Primero: “Alguien da más, alguien ofrece, alguien va en búsqueda. Invita. El amante ama por interés y viceversa. Dice que la única opción para quedarme en el país de los sueños es casarme con él. Su poder se acrecienta. Se multiplica. Considero sus palabras y me vuelvo un ovillo” (pág. 27).

Es fácil reconocer en los 37 fragmentos que la componen la precisión del cuentista y la capacidad metafórica del poeta, lo que resulta perfectamente válido, en la medida en que la novela es una forma literaria proteica, caracterizada por la libertad, inclinada a la descripción, las digresiones intimistas y las deformaciones voluntaristas de todos los tipos, los discursos políticos, filosóficos y sociales y la promiscuidad genérica —en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, origen de la novela moderna a principios del siglo XVII, conviven el cuento, la poesía, el teatro y diversas formas de novela antigua y medieval—. Sin ocultamientos ni inocencia (“Escribo y leo. Trabajo por este oficio sin sueldo ni contrato. Sin prestación. Pero la suerte me acecha. La poesía ofrece paisajes y espejismos a los que me aferro exhausta y maniática”, pág. 7),

la voz narrativa femenina adoptada por Karim Quiroga se manifiesta a través de un relato subjetivo, rico en elusiones y alusiones, que contamina de lirismo las situaciones más prosaicas y que, de manera muy apropiada, despliega una y otra vez el juego de las contradicciones románticas: “Paisaje de luz y de sombra. El afecto es artificial aunque genuino. Del fondo de mí misma ofrezco desdén y desamparo. No me ilusiono ni me asombro. No confirmo ni delinco” (pág. 8), y que también, por supuesto, protesta por lo que la decepciona y desenamora: “No hubo preguntas acerca de mis intereses o necesidades. No hubo reconocimiento de mi pasado inmediato. Se hablaba de futuro. De vida en común. En lugares y ciudades para desplazarse y viajar. En integración. Se habló en plural. Un nosotros calculado y estereotipado” (pág. 42), o metaforiza la situación con la conciencia suficiente para aceptar el mea culpa: “Mi amante se hace cosquillas con un cepillo. Tal como yo lo hacía hace años con mi gatito. Para no ensuciarme los dedos. Para no untarme la piel. Para evitar el olor en la punta de los dedos” (pág. 10).



Centrada, como ya está claro, en la experiencia amorosa, *Retrato de un amante holandés* recuerda, en muchos de sus apartes, a la ya lejana *Solitario de amor* (1988) de Cristina Peri Rossi, aunque la escritora uruguaya prefiere desdoblarse en un narrador masculino, y *En Grand Central Station me senté y lloré* (1945), de la canadiense Elizabeth Smart (“Mi corazón contra mi corazón se encarniza. El ritmo de sus latidos es el ritmo de la verdad,